

PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 5

5. En aquellos ojos había visto quién era Dios

Para profundizar en el tema de la Escuela de comunidad de esta semana proponemos dos textos: el primero está tomado de la Carta Apostólica Misericordia et misera del papa Francisco, publicada como conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia; el segundo está tomado de la Asamblea con Julián Carrón en el Equipo de Gioventù Studentesca que tuvo lugar en Cervinia el 3 de septiembre de 2016. Son dos provocaciones para profundizar en el origen de esa mirada que también nos ha alcanzado a nosotros.

Papa Francisco, Carta Apostólica *Misericordia et misera**

Una mujer y Jesús se encuentran. Ella, adúltera y, según la Ley, juzgada merecedora de la lapidación; él, que con su predicación y el don total de sí mismo, que lo llevará hasta la cruz, ha devuelto la ley mosaica a su genuino propósito originario. En el centro no aparece la ley y la justicia legal, sino el amor de Dios que sabe leer el corazón de cada persona, para comprender su deseo más recóndito, y que debe tener el primado sobre todo. En este relato evangélico, sin embargo, no se encuentran el pecado y el juicio en abstracto, sino una pecadora y el Salvador. Jesús ha mirado a los ojos a aquella mujer y ha leído su corazón: allí ha reconocido su deseo de ser comprendida, perdonada y liberada. La miseria del pecado ha sido revestida por la misericordia del amor. Por parte de Jesús, no hay ningún juicio que no esté marcado por la piedad y la compasión hacia la condición de la pecadora. [...]

Jesús lo había enseñado con claridad en otro momento cuando, invitado a comer por un fariseo, se le había acercado una mujer conocida por todos como pecadora (cf. *Lc* 7,36-50). Ella había ungido con perfume los pies de Jesús, los había bañado con sus lágrimas y secado con sus cabellos (cf. vv. 37-38). A la reacción escandalizada del fariseo, Jesús responde: «Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco» (v. 47). [...]

Cuánta alegría ha brotado en el corazón de estas dos mujeres, la adúltera y la pecadora. El perdón ha hecho que se sintieran al fin más libres y felices que nunca. Las lágrimas de vergüenza y de dolor se han transformado en la sonrisa de quien se sabe amado.

De la Asamblea con Julián Carrón en el *Equipe* de Gioventù Studentesca**

Quería contar un hecho que ha sucedido en la caritativa, en la que ayudamos a estudiar a niños de la parroquia. La hemos empezado este año, y por tanto no conocíamos el lugar y todo lo demás. La parroquia es frecuentada por chavales de todas las edades, desde los 20 años hasta los cinco, con los que estudiamos nosotros. Una vez estaba bajando al parque a recoger a los niños para estudiar juntos, y estaban allí también unos chavales un poco mayores. Me pararon en las escaleras porque son un poco broncas y querían pelea, pero yo »

* Papa Francisco, Carta Apostólica *Misericordia et misera*.

** Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón en el *Equipe* de Gioventù Studentesca, Cervinia, 3 de septiembre de 2016.

» *no. Les dije: «Estoy aquí porque quiero únicamente ayudar a los niños. No estoy aquí para pelear». Ha sido extraño, porque siempre me ha sido más fácil responder así: a uno que te trata con violencia tú respondes con violencia. Es más fácil, por lo menos a mí siempre me ha resultado un poquito más fácil. En cambio, en aquel momento me quedé quieto delante de aquellos que querían...*

Julián Carrón. ¿Y eso? Quizá porque habías perdido la energía, habías perdido “los atributos”, o por cualquier otro motivo.

No, no.

¿Por qué te quedaste quieto?

Me acordaba de Violaine. No reaccioné por los niños, quería estar ahí por ellos, y no para pelear. También porque el motivo era insignificante: decían que les había mirado mal. En cualquier caso, era algo inútil. E incluso después, cuando insistieron, cuando se volvieron violentos, yo permanecí quieto hasta que llegaron dos chicas...

¿De dónde nace esa firmeza? No quiero que pierdas el significado de lo que estás diciendo. Es lo mismo que la esterilidad de antes. ¿De dónde nace? Porque sorprendes en ti algo distinto. Habitualmente, ¿eres así?

No.

¿Habitualmente reaccionas o te quedas quieto?

Normalmente reacciono.

¡Reaccionas a lo grande! ¡No es que te falten los “atributos”! Pero entonces, ¿por qué te quedaste quieto?

Es una pregunta que todavía está abierta. Después de que pasara esto, llegaron dos chicas que intervinieron y nos separaron. Luego me marché junto a la responsable de nuestra caritativa, me monté en su coche y me llevó a casa. Estaba bastante fastidiado, porque la rabia, responder a las provocaciones, ha sido siempre un aspecto difícil de mi carácter que he tratado muchas veces de eliminar. Todos, incluida mi familia, me han dicho siempre que es un aspecto que no va bien en mí. Y me han hecho siempre mirarlo como un punto negativo que hay que eliminar, que uno debe quitar porque da asco, y yo también lo miraba así. Y aunque me había quedado quieto, la rabia no se me iba.

Esto es precisamente lo que quiero ayudarte a comprender.

Al llegar a casa, estaban Antonella y mi hermano. En el pasado siempre he percibido que cuando estaba enfadado, tanto mi hermano como mis padres, que son los que mejor me conocen, nunca estaban conmigo, hacían como si nada, o se marchaban y yo me quedaba allí así, me “gestionaba” yo la rabia. En cambio, aquel día llegué y Antonella me miró, me abrazó, y luego me pidió que le contara lo que había sucedido. Se lo conté todo y luego me dijo: «El viernes que viene vuelves allí a hacer caritativa». Yo no quería, porque pensaba: «Ha salido a la luz ese aspecto de mi persona que me da asco, y no quiero que vuelva a suceder, que salga de nuevo». En cambio, ella me miró y me dijo: «Vas a volver allí». Al principio me molestaba un poco, porque yo no quería, pero luego me dije: «Mira cómo está arriesgando», porque no me estaba diciendo lo que me habría gustado que me dijera, es decir: «Sí, tranquilo, ha sucedido esto, ya lo resolveremos, vuelve a la caritativa que hacías antes». Veía que estaba mirándolo todo, que estaba arriesgando al decirme: «Vuelve allí», porque podía volver allí o bien podía decir: «Me dices lo que no quiero hacer y no pienso ir». En cambio, en aquel momento me sentí mirado no solo por lo que yo quería que ella mirase, sino por todo, incluso por aquello que yo no quiero mirar, mi rabia, que me molesta, que no me gusta. Después de algunas semanas volví a la caritativa, y era bastante dificultoso, porque siempre que iba tenía un poco el temor de que volviese a suceder lo mismo. Pero en cuanto llegué, me estaban esperando los niños, y esto me impresionó, porque al final no es que vayas a trabajar muy gustosamente: los niños no quieren estudiar, y por tanto les »

» *resultas un poco antipático, no van allí muy a gusto. En cambio, llegué y los niños me esperaban, y entonces el miedo, la fatiga, el hecho de que pudiese volver a suceder aquella rabia pasaron casi a un segundo plano; quería volver a estar con ellos todos los viernes que me esperaban. Incluso cuando después me encontraba con aquellos chicos – porque se pasaban por allí de vez en cuando, no es que haya dejado de verles– era una ocasión para hacer memoria del día de la caritativa en el que sucedió lo que sucedió hace un año, pero que yo recuerdo todos los días.*

¿Y qué ha quedado en tu memoria de aquel día?

El hecho de que Antonella o mi hermano, con el que siempre he tenido una relación un poco regular, estuvieran allí, me miraran y miraran el único punto que ni siquiera yo quería mirar.

Y en tu opinión, ¿qué les permite a ellos mirar lo que tú no quieres mirar? ¿Ellos son estúpidos, no entienden bien lo que tú miras y por eso no sienten el asco que tú experimentas frente a tu rabia? ¿Por qué pueden ellos mirar lo que tú no consigues mirar por el asco que te provoca? ¿Qué ven ellos que tú no ves? ¿Es acaso porque son mejores? «Son mejores pero estúpidos, porque no ven lo que yo veo, porque si lo vieses, no podrían dejar de sentir todo el asco que yo experimento». ¿Qué ven ellos que tú no ves? ¿Qué les permite a ellos ver?

Después de que sucediese esto ha nacido una relación de amistad con Antonella; antes ya existía, pero...

No te saltes los pasos. ¿Por qué surge la amistad con ella? La amistad surge si tú entiendes por qué ella consigue mirar lo que tú no eres capaz de mirar. Y justamente porque ella lo puede mirar, tú, en un momento dado, puedes empezar a mirarlo. Tú tienes que empezar a mirarte como te mira Antonella. Empieza a mirarte poco a poco así, y la próxima vez me dices por qué, qué ha sucedido, si has descubierto algo más del motivo por el que ella es capaz de mirarte así. Ella no tiene ningún problema en mirarlo todo, que es lo que también te gustaría hacer a ti: hay muchas cosas que te fastidian y que tú no quieres mirar; te gustaría quitarte la rabia de encima. En cambio, te encuentras frente alguien que puede mirarlo todo, y descubres que con él o con ella puedes mirarlo todo. Nosotros hemos conocido a alguien con el que se puede mirar todo sin censurar nada. Porque si tú lo censuras, luego llevas encima todo el peso de lo que no puedes mirar. En cambio, tú puedes mirarlo todo para reconciliarte con todo. ¿Por qué puede san Pedro mirarlo todo? Tú no has hecho nada comparado con lo que hizo Pedro, que llegó incluso a negar a Jesús delante de todos, renegó de él: «No conozco a ese hombre» (Mt 26,72-74). Ha entrado en la historia Alguien que, mientras que Pedro estaba todo preocupado – «¿Qué me dirá ahora? ¿Me reprenderá?»–, en lugar de reprenderle le mira sin censurar nada. Sabiendo lo que había hecho, le pregunta: «¿Me amas?» (Jn 21,16). ¿Comprendes de dónde nace la amistad de Pedro con Jesús? Nace igual que ha nacido tu amistad con Antonella: de alguien que te mira como Jesús miró a Pedro, que le había traicionado. Jesús te regala una persona como Antonella para que puedas descubrir que es capaz de despertar una amistad así. ¿Y por qué es tan importante una persona así? Porque, como somos unos pobrecillos y estamos llenos de cosas que no queremos mirar, podemos comprender qué tipo de necesidad tenemos de alguien que no tenga miedo de mirarlo todo. Sin esto no podremos ser amigos, porque siempre habrá algo que no queramos mirar. Por eso, si Jesús no hubiese mirado todo en nosotros, no podríamos ser amigos suyos, porque siempre habría algo de lo que nos avergonzaríamos. Con Él podemos mirarlo todo.